

ros, y estos poco á poco ocuparon permanentemente la Tracia y la Macedonia hasta mas allá de Mesembria, Adrianópolis y Vodena, y al Oeste hasta la costa albanesa. Entonces el rey Simeon tomó el título de «czar (ó sea César) de los búlgaros y autócrata de los bizantinos;» título prematuro al cual solo el servio Estéban Duchan, mas poderoso é inteligente que Simeon, pudo aspirar con esperanza de buen éxito algunos siglos despues. Simeon ascendió al arzobispo de su reino que residia en la capital Preslau, á patriarca de la Iglesia búlgara, designándole como residencia la ciudad de Derster ó sea Silistria, todo lo cual era equivalente á una declaracion de guerra á muerte á la corte de Constantinopla. Esta soberbia quedó luego reducida á las proporciones humildes que correspondian á una potencia todavia bárbara. Sin embargo, entre tanto, hallándose Simeon con sus huestes delante de Constantinopla el 9 de diciembre de 924, el co-emperador Romano I, para conseguir siquiera por lo pronto una paz buena ó mala tuvo que humillarse á ir á solicitarla personalmente fuera de la ciudad en el alojamiento del nuevo y engreído czar, que la concedió á cambio de un tributo anual. Por lo demás, las negociaciones que Simeon entabló con los moros tunecinos de Cairvan para una alianza contra Constantinopla no tuvieron éxito, y despues la diplomacia bizantina promovió acontecimientos que tuvieron por resultado la ruina de Simeon.

El emperador consiguió ganar para su causa al régulo Miguel, de los servios meridionales, y presentar un competidor al otro soberano servio, Pablo, en la persona de su primo Zacarías. Este, derrotado y hecho prisionero por los búlgaros, en 923 fué encargado por Simeon de dirigir una expedicion armada contra el soberano servio Pablo cuando vió que este quiso hacerse independiente. Zacarías salió vencedor y ocupó el puesto de su primo Pablo; y desde aquel momento, fiel al emperador, volvió sus armas contra los búlgaros y derrotó su ejército capitaneado por Marmais y Teodoro Sigritzi. Caro pagó aquel hecho, porque Simeon invadió al año siguiente la Servia y la devastó cruelmente. Zacarías se refugió entre los croatas, cuyo ban Tamislao derrotó al jefe búlgaro Alogobotur en el año 927, y poco despues, en 27 de mayo del mismo año, murió Simeon. Desde entonces decayó rápidamente el poder búlgaro.

Sucedió á Simeon en el trono búlgaro su hijo mayor Pedro, el cual además de no haber heredado de su padre el espíritu guerrero y de empresa, viéndose á la vez amenazado en el exterior por los croatas, magyares y pechenegos, y en el interior por competidores dinásticos, se apresuró á hacer la paz con el gobierno bizantino. Esta paz fué negociada por su tío Jorge Sursubul despues de una campaña de puro aparato en la Macedonia; y para afirmarla y hacerla duradera casóse el czar Pedro con María (Irene), nieta del co-emperador Romano en 8 de setiembre de 927. Con esto se habria inaugurado una era de tranquilidad para las provincias europeas del imperio, si no hubiesen quedado allí otros enemigos, y si el reino búlgaro hubiese conservado fuerza suficiente para servir de barrera contra ellos.

Uno de los competidores del czar Pedro fué su hermanastro Miguel, que no pudiendo sostenerse, pasó con su partido la frontera en 929, asoló la Macedonia, la Tesalia y el Epiro, y llegó hasta Nicópolis, donde solo despues de mucho tiempo consiguió el gobierno de Constantinopla someterlo. Por otra parte hicieron independientes del reino búlgaro los servios, acudillados por Tzeslao descendiente de Wlastimiro, y para conservar su independencia pidieron la proteccion del emperador de Constantinopla que naturalmente aceptó el protectorado sin hacerse de rogar.

En cambio de estas ventajas, el gobierno bizantino tuvo

la desgracia de que los magyares invadieran y sometieran la Bulgaria trasdanubiana y asolaran las provincias búlgaras, y despues la Tracia y la Macedonia hasta los muros de Constantinopla y de Salónica, sembrando en todas partes el terror con su veloz caballería, sus sables afilados, sus largas lanzas, sus lazos y sus certeras flechas. El oro y otros regalos preciosos y además la astucia del patricio Teófanos fueron los recursos mas eficaces que el gobierno de Constantinopla empleó contra aquellas hordas feroces en las dos grandes invasiones que efectuaron en 934 y 943. En 936 y 948 asolaron la Italia y llegaron hasta la Calabria cerca de las plazas bizantinas; pero derrotados definitivamente por Oton I en 955 en las llanuras del Lech en Alemania, empezaron tambien á experimentar reveses en el imperio bizantino. El gobierno de Constantinopla habia llamado en 948 á su auxilio á los pechenegos, los cuales se lo prestaron, aunque otros pechenegos habian acompañado en 934 á las hordas magyares; y con este auxilio los generales Pothos Argiros y Marianos derrotaron finalmente á los magyares y los expulsaron del territorio bizantino en los años 958, 961 y 962.

Mucho antes, desde el año 943, habia empezado el gobierno de Constantinopla á restablecer el órden en las provincias del Norte; y es muy probablemente Constantino VII, quien, despues de expulsados del poder el co-emperador Romano I y sus hijos en 944 y 945, lo consiguió haciendo el sacrificio de reconocer al czar Pedro, sucesor de Simeon, el título de *basileus* que equivalia á emperador ó rey, es decir, soberano absoluto é independiente, y de ir pagando el tributo anual estipulado con su padre el año 924 á las puertas de la capital.

Todas estas humillaciones y todas las incalculables y horribles desgracias que habia engendrado la política inepta é imprudente del emperador Leon VI llamado el Sabio, y la no menos imprudente de Alejandro, tío y tutor del joven Constantino VII en el corto tiempo de su regencia, habian obligado á concentrar las fuerzas en la frontera búlgara, y á dejar poco menos que abandonadas todas las fronteras marítimas, tanto mas cuanto que Leon VI habia dejado en lastimosa decadencia la marina de guerra. Así fué que los moros tomaron en 902 á Taormina, último punto que el imperio bizantino conservaba todavia en la isla de Sicilia. Fué esta conquista la última notable realizada por el sultan aglabita Ibrahim-Ibn-Ahmet que murió despues delante de la plaza de Cosenza en Calabria. Con este suceso pasó el poder mahometano en Africa y Sicilia á la dinastía shiita de los *obeiditas*, mas conocidos por fatimitas, porque su fundador fué en 797 el califa Abu-Mohamed-*Obeid*-Alá, descendiente de *Fátima*, hija del profeta, y de su esposo Alí. Esta dinastía energética, despues de suplantar las que reinaban en la Mauritania ó Marruecos, en Túnez ó Cairvan y en Sicilia, se apoderó tambien en 969 del Egipto, y dió en general un nuevo y formidable impulso al poder mahometano. Para salir del apuro y salvar los territorios que el imperio bizantino conservaba en Italia, codiciados de un lado por los moros y de otro por los príncipes longobardos de Benevento y de Salerno, hizo el co-emperador Romano I en 930 un tratado de paz con el fatimite Obeid-el-Mahdi, mediante un tributo anual á favor de este último, y en 935 una alianza con el rey Hugon de Italia.

Mientras quedaba así apartado el peligro mas inminente de las posesiones en Italia, seguian los corsarios cretenses, ya desde el reinado de Leon VI, infligiendo golpes cada vez mas rudos al imperio bizantino. No tanto el emir de la isla, Zercun, como sus jefes de escuadra, renegados feroces y exasperados por el odio, dieron á sus expediciones piráticas un carácter destructor inaudito, causando á los griegos del Mar

Egeo desgracias indecibles. El mas temido de todos estos renegados era el almirante audaz Leon de Trípoli, natural de Atalia en la costa eolia del Asia Menor; el cual en 889 conquistó la isla de Samos, sometió al emir de Creta las islas Cícladas y Esporadas hasta la de Naxos, y extendió sus terribles expediciones hasta dentro del Mar de Mármara. Otro renegado desalmado, Damian de Tiro, conquistó y saqueó en 896 la floreciente ciudad mercantil y marítima de Demetria en la Tesalia; y lo mismo hizo el renegado Leon de Trípoli en el año 900 con la isla de Lemnos, casi en la embocadura de los Dardanelos.

Con semejantes marineros tan audaces, hábiles y enérgicos no podia medirse el almirante bizantino Himerio, y una tentativa desgraciada que hizo en el año 902 contra la isla de Creta, dió aliento á Leon de Trípoli para atreverse en 904 á intentar la empresa de apoderarse de Salónica, la segunda capital del imperio con su poblacion opulenta y heroica calculada en 200,000 almas, y que por sus gloriosas defensas anteriores tenia fama de invencible. Salónica esta vez desmintió su fama; la cobardía del almirante, la confianza prematura del pueblo en los milagros de su patron San Demetrio, la confusion en la direccion de la defensa, la mala organizacion de esta, y lo insuficiente de las fortificaciones del lado del mar, permitieron al feroz renegado con sus cincuenta y cuatro buques, cada uno tripulado por 200 hombres casi todos moros y negros desalmados y aguerridos, tomar la ciudad por asalto, no obstante la resistencia desesperada de los habitantes. El 29 de julio habia llegado con su escuadra delante de la ciudad y el 31 del mismo mes entró en ella llevándose despues de una horrorosa carnicería un botin inmenso y 22,000 prisioneros, los cuales fueron llevados, parte á los depósitos de Tarso para ser canjeados por prisioneros musulmanes, ó por elevado rescate, y el resto al interior del Oriente para ser vendidos como esclavos.

Algunos decenios despues tuvieron los bizantinos la satisfaccion de lavar cumplidamente tan ignominiosa mancha; pero por lo pronto no se halló Leon VI en situacion de impedir eficazmente nuevas desgracias. Una victoria que despues de infinitas derrotas alcanzó Himerio en el año 908 no tuvo consecuencias; y Romano Lecapene, el futuro co-emperador, cuando mandó las fuerzas navales, tampoco consiguió escarmentar radicalmente á los feroces renegados. Solo en el año 924 logró el valiente Juan Radino sorprender al temido corsario Leon de Trípoli cerca de la isla de Lemnos y destruir toda su escuadra, menos un buque que escapó, con lo cual mejoró notablemente la situacion de las islas y costas griegas, aunque ofrecieron en todo el Mar Egeo durante larguísimo tiempo un aspecto lamentable.

Solo en las fronteras de Levante mantuvieron su antiguo brillo las armas bizantinas en el reinado de Constantino VII, mientras estuvo el gobierno en manos de regentes y del co-emperador Romano. Defendieron aquellas fronteras con buen éxito contra los ataques de los califas, primero el valiente Nicéforo Focas, y desde la coronacion del co-emperador el eminente general armenio Juan Curcuas, que mandó allí las fuerzas bizantinas durante 22 años, desde 920 hasta 942, y consiguió en no interrumpida lucha adelantar los confines del imperio desde el rio Halis hasta el Eufrates y el Tigris. Ya en el año 901 habian llegado los bizantinos hasta muy adentro de la Siria, hasta los muros de Alepo, y se habian llevado muchos prisioneros. Desde entonces se multiplicaron estas expediciones, cuyas ventajas se esforzaron en anular los piratas renegados Leon y Damian con sus correrías marítimas; pero con la llegada del general Curcuas, las armas bizantinas en el Oriente se hicieron terribles á los pueblos mahometanos, y el número de prisioneros que hicieron á estos

adquirió pronto proporciones inmensas. En la Armenia perdieron los califas toda influencia, y los sectarios del Coran fueron rechazados hasta el lago Van y el Bitlis. Lo que mas que todo entusiasmó al pueblo bizantino fué la conquista de una inapreciable reliquia que Curcuas, despues de tomar la ciudad de Nisibe, arrancó á los ciudadanos de Edesa, á saber: el paño en que quedó impresa la imagen del Salvador al enjugarle el sudor la Verónica. La negra ingratitud del co-emperador Romano con aquel héroe no mejoró la situacion del enemigo, porque el califato caminaba rápidamente á su ocaso y disolucion. El poder estaba ya entonces completamente en manos de los jefes de la guardia turca, que encontró enérgicos competidores en los hijos de Buyé, jeque deilemita, los cuales levantaron una partida en la provincia persa del Farsistan por el año 934. Uno de estos buyidas, Muiz-Adavlat, destronó en el año 946 al último califa abasida, Mustacfi, en Bagdad, cuyo poder estaba ya muy reducido, porque en la Mesopotamia reinaba soberana la familia de los hamdanidas que residia en Mosul. El vencedor se contentó con el poder material; tomó el título de *sultan*, y dejó la autoridad espiritual al abasida, adversario de los turcos, Abulcasim-Almutf-Billah, que fué proclamado solo representante del profeta, cuyo puesto ocupó desde 946 hasta 971.

La suerte quiso que cuando Constantino VII empezó su gobierno personal, libre de tutela, es decir, al principio del año 945, estuviesen concluidas ya las luchas mas duras y mas apremiantes, y que en todo su reinado no tuviese que sufrir calamidades realmente extraordinarias, por cuyo motivo las generaciones posteriores recordaron con gratitud el nombre de este emperador.

En Asia al principio no fué muy feliz el general Bardas Focas que tuvo que luchar con el activo emir de Alepo, el hamdanida Seif-Abdaulá; pero en cambio cubrióse de gloria su hijo, el eminente Nicéforo. Desde la destruccion de la escuadra del pirata Leon de Trípoli por Juan Radino habia quedado muy menguado el poder de los moros de Creta, pero no tanto que no pudieran rechazar como en efecto rechazaron un ataque mal dirigido contra la isla por el patricio Constantino Gongilas.

Los búlgaros, ya sabemos que habian perdido su carácter peligroso para el imperio.

La pujanza de la Sede romana, ante la cual habia tenido que abandonar el campo un varon como Focio, habia quedado paralizada en aquel tiempo. Al gran poder de expansion del siglo IX habia sucedido una época de marasmo, que coincidia con la completa desorganizacion política de la península italiana. Esta era tal, que en Roma en aquella época nadie se acordaba del pontificado ni de sus luchas con el patriarcado de Constantinopla. Por su parte los patriarcas bizantinos se hallaban demasiado enredados en intrigas políticas para pensar en otra cosa. Uno de ellos, el príncipe Teofilacto, hijo menor del co-emperador Romano, que ocupó la silla patriarcal desde el 2 de febrero de 933 hasta el año 956, estaba demasiado entregado á la vida escandalosamente mundana, á la pompa y ostentacion, á los caballos y á la caza, para mezclarse en conflictos con sus colegas de Roma, no menos intrigantes y mundanos. Por otro lado el gobierno de Oriente no tenia ya ni la audacia, ni el golpe de vista de la política grande, ni la fuerza militar suficiente para sacar gran ventaja en favor del trono de Constantinopla de la situacion confusa y del estado de desmembracion en que se hallaba Italia; y así hubo de dejar hacer al rey de Alemania Oton I que desde el año 951 intervenia en los asuntos interiores de Italia y ya en 2 de febrero de 962 habia sometido esta península en gran parte á su cetro, creyendo haber reconstituido con esto el imperio de Occidente.

En la Italia meridional el imperio bizantino conservó sus dominios, no obstante sus graves conflictos con los califas fatimitas, que duraron desde el año 948 hasta 961, y que se apaciguaron, porque el imperio siguió pagando el tributo anual convenido con los soberanos mahometanos.

Mucha trascendencia estaban destinadas á adquirir las relaciones que en el reinado de Constantino VII se establecieron entre el imperio y el pueblo ruso, ya para aquella misma generacion, ya para las posteriores hasta hoy. Estas nuevas hordas bárbaras, conducidas por jefes escandinavos, mas prácticos que ellas en Europa, acaso habrian hecho expediciones contra el imperio bizantino, como la que hicieron, con la osadía que solo tiene el salvaje, en tiempo de Miguel III, á no ser por los feroces pechenegos, que se habian establecido en la cuenca inferior del Dnieper, interponiéndose así entre los rusos y el Mar Negro. A pesar de este obstáculo, tuvieron muy pronto relaciones con el imperio, ya porque allí eran admitidos con buen sueldo como otros bárbaros en las legiones extranjeras, ya porque el instinto mercantil de toda la raza eslava desarrolló muy pronto entre los rusos un consumo notable de productos y géneros bizantinos. Aumentóse por consiguiente el comercio directo y el de tránsito para el Norte por la vía del Dnieper hasta Novogorod y al lago de Ilmen, tanto que los comerciantes rusos tuvieron muy pronto su barrio especial en Constantinopla en el arrabal de San Mamés, lo mismo que los traficantes búlgaros y los de otras naciones que comerciaban con los bizantinos. Sin embargo el gobierno de Constantinopla procuró tener este comercio encerrado en límites estrechos, como hizo en su tiempo el imperio romano en sus emporios mercantiles y coloniales del Sur y Oeste de Alemania, Augsburgo y Colonia. Ambos imperios conocian la codicia de los bárbaros y su afán de apropiarse toda clase de objetos inventados por la civilizacion; y temian excitar su avidez permitiendo relaciones demasiado extensas tanto en la capital como en el gran emporio Querson y otras plazas. A pesar de todas las precauciones no fué posible evitar colisiones de luego sirvieron á los rusos de pretexto para organizar expediciones de rapiña á las ricas provincias del imperio. En efecto, en el año 941 el Gran Duque ó rey Igor con mas de 1,000 naves y 40,000 guerreros, intentó acometer la capital y sus huestes cometieron ferocidades inauditas en las costas de Bitinia en el Asia Menor y en las de Tracia en Europa. No tardaron sin embargo en ser duramente escarmentados y rechazados por mar y tierra por las fuerzas bizantinas á las órdenes de jefes tan valientes como hábiles y activos, distinguiéndose entre ellos el célebre Juan Curcuas, y el patricio Teófanos que destruyó á los rusos por mar con el empleo acertado del destructor fuego griego. Cuatro años despues firmóse al parecer un convenio en Kieff entre los rusos y Constantinopla para regularizar las relaciones mercantiles. A fines del mismo año 945 fué muerto Igor por su propia gente á causa de sus instintos feroces, y su esposa Olga se encargó del gobierno durante la menor edad de su hijo Swiatoslao. Esta mujer fué la primera soberana extranjera que de su propio y libre impulso hizo una visita á la corte imperial bizantina en el año 956 ó 957, y por ser el primer caso de esta especie fué menester inventar y fijar un ceremonial expreso para su recepcion. Hízose tan bien todo, que la soberana rusa se convirtió al cristianismo y se hizo bautizar, siendo padrino el mismo emperador. Siguiéron su ejemplo su servidumbre y 44 comerciantes rusos; y con esto cobró mucha influencia y nuevos bríos el trabajo de los misioneros griegos, que desde algun tiempo se dedicaban ya á la conversion de los rusos. A pesar de la resistencia de este pueblo y del hijo de la regente Olga, la nacion rusa fué con el tiempo la que mas se identificó con el bizantinismo en

todas sus principales manifestaciones, en la Iglesia, en el gobierno y en la diplomacia.

Murió Constantino VII el 9 de noviembre de 959, y siguióle en el trono sin dificultad ni oposicion su hijo Romano II que habia nacido en 938, y contaba entonces por consiguiente 21 años. Era jóven amabilísimo y por su afabilidad amado de toda la poblacion de la capital: lástima grande que derrochara su tiempo y su salud en la caza y otras diversiones. Sin embargo, aun le quedó tiempo y energía para pensar en el gobierno y en elevadas empresas. En su reinado tuvieron principio las campañas celebrísimas que por un período de 70 años restituyeron al imperio, con antiguas posesiones importantes que redondearon su perímetro, su carácter de primera potencia en el mundo.

Hallándose la direccion de los negocios en manos del patricio José Bringas, estadista eminentísimo, activo y enérgico, y como tal ya muy apreciado por Constantino VII, padre de Romano II, habia llegado el imperio á una situacion que le permitia emprender con esperanza de éxito la reconquista de la isla de Creta y acabar de una vez con los piratas que allí habian establecido su guarida. El mando en jefe de la expedicion fué confiado á Nicéforo Focas, el general mas capaz que á la sazón tenia el imperio, y el varon mas notable de toda su raza, oriunda de Capadocia, y famosa por los muchos héroes que habia producido. La expedicion misma estaba perfectamente preparada y se componia de 1,000 naves llamadas *dromonas*, 2,000 llamadas *quelandias*, mas pequeñas, pero mucho mas ligeras y fáciles de manejar, y provistas de material para la aplicacion del fuego griego, y por último de 360 buques de transporte, que tomaron á bordo un ejército numeroso y escogido, además de varios cuerpos de tropa extranjera mercenaria armenia y eslava con inclusion de soldados rusos. En el mes de julio del año 960 hízose esta escuadra á la vela con rumbo al Sur, y desde el puerto de Figela cerca de Efeso en línea recta á Creta. Hízose al instante á viva fuerza el desembarque de la tropa, la cual sin dilacion se dirigió á la capital Chandax y la cercó, rechazando todas las tentativas de la poblacion de dentro y de fuera para romper el cerco. Ni estos desesperados ataques, ni el hambre, porque faltaban víveres, fueron bastantes para quebrantar el ánimo del valiente general y de sus tropas, que tomaron por asalto el 7 de mayo, si ya no en marzo de 961, la plaza de Chandax y la arrasaron hasta sus cimientos, despues de una lucha horrorosa que costó rios de sangre. En su lugar construyeron allí un castillo que llamaron Témenos. El último emir, Abdul-Aziz-el-Cortobí, oriundo de Andalucía, cayó prisionero y pasó el resto de su vida en Constantinopla viviendo de una pension que le pasó el gobierno; su hijo Anemas entró al servicio imperial; los habitantes musulmanes de la isla ó emigraron ó quedaron siervos de la gleba, y el clero bizantino y á su cabeza el monje Nicón del Asia Menor, el misionero mas célebre de aquella época y canonizado despues, se aplicaron con impetuoso afán á cristianizar la isla y exterminar hasta las raíces del culto mahometano.

Este brillante hecho de armas produjo un efecto moral indescriptible. De un golpe levantó al espíritu bizantino á una altura desconocida restituyéndole la fe en su propia fuerza indestructible, en la superioridad absoluta de sus ejércitos y en la perseverancia inteligente é incansable de su gobierno y de su política. La isla quedó formando parte integrante del imperio hasta la cuarta cruzada; con su posesion se habia cubierto una ancha y peligrosa brecha abierta en los confines meridionales del imperio, cuya defensa fué ya por aquel lado mas fácil y mas segura, y la situacion de las provincias marítimas quedó notablemente mejorada.

Nicéforo, á su llegada á la capital recibió el mando en jefe

de las tropas del Asia, donde abrió en el año 962 con un ejército de 100,000 hombres su famosa campaña contra los hamdanidas en Siria. Allí la fortuna siguió sus banderas como en Creta. En el distrito del Tauro y en el Norte de Siria hizo una serie de conquistas importantes; venció al emir Seif-Adaulá cerca de Alepo, y completó los resultados de esta campaña con la toma y saqueo de esta última ciudad.

Entre tanto la suerte le estaba preparando un puesto mucho mas elevado que le abria un campo mas vasto y mas independiente donde desplegar sus dotes eminentes de gran capitán.

El emperador Romano II, por la condescendencia de su padre, y poco antes del año 957, habia contraído matrimonio con una jóven griega, hija de un tabernero, y tan hermosa que los contemporáneos decian que era *una verdadera espartana*, es decir una nueva Elena, esposa del «rubio Menelao.» Llamábase esta hermosura incomparable Anastasia, y despues Teófana cuando fué nuera del emperador Constantino; mas á pesar de su hermosura no ganó el favor del público. La opinion de su tiempo le atribuyó una inclinacion siniestra á los asesinatos políticos; se la culpaba, probablemente sin razon, de la muerte de su suegro, y se decia, acusacion tambien inverosímil, que la última enfermedad que tuvo su jóven y disipado esposo habia sido efecto del veneno que ella le habia dado. Lo cierto únicamente es que Romano II murió el 15 de marzo de 963 en la flor de su juventud, á la edad de 25 años, dejando dos hijos pequeñitos: Basilio y Constantino, que habian nacido el primero en 957, y el segundo en 961. Conociendo Romano II la envidia que tenia su eminente ministro Bringas al no menos eminente é indispensable general Nicéforo, habia dispuesto antes de morir que este último conservara permanentemente el mando de las fuerzas del Asia. Sucedió sin embargo que el general, viéndose ó creyéndose amenazado por las intrigas del ministro, condujo su ejército desde la Capadocia á Crisópolis en frente de Constantinopla, al parecer en inteligencia secreta con la regente, con lo cual consiguió la dimision del ministro Bringas, que por su severidad y sus recelos no podia luchar en popularidad con el célebre general.

En estas circunstancias Nicéforo fué coronado emperador con el nombre de Nicéforo II, es decir regente dictador, por el patriarca de Constantinopla el 16 de agosto de 963. Entonces se casó con la bella ex-emperatriz; pero hombre de carácter grave, severo y recto, solo se consideró tutor y representante de los hijos de su predecesor, cuyos derechos á la sucesion conservó intactos.

El reinado de Nicéforo es uno de los mas brillantes que vió el imperio de Oriente en toda su larga existencia. Este soberano era cabalmente el hombre que el imperio en aquella época necesitaba; ningun emperador desde los dos grandes iconoclastas habia desplegado una energía y una actividad iguales á las suyas; ninguno habia sido tan afortunado como él en las empresas militares; ninguno habia vivido como él dedicado únicamente al cumplimiento de su deber, al trabajo, á la mision de elevar el imperio á la altura imponente que le correspondia y de que habia descendido. Devoto sin ostentacion, indiferente á todo goce material, frugal y severo hasta el ascetismo, volvió á hacer del imperio bizantino la primera potencia del mundo civilizado y conocido entonces, conforme hubieron de sentirlo muy pronto todos sus adversarios.

Descargó los primeros golpes sobre los árabes de la frontera oriental, á los cuales arrancó en 964 y 965 las importantes plazas de Cilicia, Adana, Mopsueste y Tarso, mientras el patricio Niceto Calcutes conquistaba la isla de Chipre. Dos años despues, en 968 y 969, conquistó la mitad septen-

trional de la Siria con las ciudades importantes de La odicea, Hierápolis, Alepo, Arca, Emesa y finalmente Antioquia, el baluarte principal del país. Con estas conquistas se recobraron infinitas iglesias, reliquias y santuarios, que en aquella época parecieron á los bizantinos casi mas preciosos que todas las conquistas mundanas. Tambien se apoderaron los bizantinos del sable del profeta, que sirvió para rescatar al patricio Nicetas, el conquistador de Chipre, cuando cayó prisionero al intentar reconquistar la isla de Sicilia.

Era natural que á un hombre como Nicéforo repugnara en extremo satisfacer los humillantes tributos que el imperio pagaba á diferentes enemigos para que lo dejaran en paz, como á los califas fatimitas y á los soberanos de Bulgaria. La suspension de los tributos que habian cobrado hasta entonces estos últimos originó toda una serie de sucesos que concluyeron 55 años despues con la desaparicion completa del poder búlgaro de la escena política.

Las relaciones amistosas que el emperador Romano I habia establecido con el rey búlgaro no habian logrado borrar en el imperio bizantino el recuerdo de las atrocidades de los búlgaros en el reinado de Simeon, ni en el pueblo búlgaro la antipatía al genio griego. Los búlgaros comprendian instintivamente que el imperio bizantino debía pensar forzosamente acabar con ellos como el gran emperador Trajano habia acabado con los dacios. En este estado las cosas, ocurrieron sucesos entre los búlgaros que proporcionaron al gobierno de Constantinopla la ocasion de reducir este pueblo á la impotencia. Entre los muchos adversarios del czar Pedro levantó contra él un poderoso partido en 963 el vaivoda Chichman de Ternovo á orillas del Yantra en las estribaciones septentrionales de los Balcanes; y si bien no logró destronar al czar, separó de sus dominios los distritos búlgaros de Macedonia y de Iliria. Esto, la imposibilidad en que se vió Pedro de oponerse á que los magyares atravesasen sus dominios para devastar y saquear la Tracia, y la necesidad que tuvo de consentir el paso por medio de un tratado formal, dieron al gobierno de Constantinopla el deseado pretexto para hacer la guerra á este pueblo díscolo. De vuelta Nicéforo á Constantinopla de su campaña de Cilicia en 965, se negó resueltamente al pago del acostumbrado tributo al czar de Preslao; y sabiendo que á esta respuesta seguiria la guerra, en la cual los magyares auxiliarian á los búlgaros no titubeó un instante en asegurarse mediante 1,500 libras de oro el auxilio de los rusos, cuyo soberano Swiatoslao habia adquirido ya entonces gran fama de guerrero. En efecto Swiatoslao se presentó en el verano del año 967 con una formidable hueste en las llanuras del Danubio, donde dispersó muy pronto las masas búlgaras y les quitó á Silistria (Derster) y otras ciudades. A fin de que los rusos no se quedaran con las conquistas, y se establecieran junto al Danubio, cosa que no convenia ni á los bizantinos ni á los búlgaros, Nicéforo y el czar Pedro hicieron la paz en 968; se prometieron ayudarse para rechazar á los rusos, y los hijos de Pedro, Boris y Romano pasaron á Constantinopla para ser educados allí y servir de garantía de las intenciones sinceras del búlgaro. No llegó el caso de afirmarse con hechos esta alianza, porque Pedro murió el 30 de enero del año inmediato (969), y poco despues los rusos evacuaron el país para regresar al suyo y defender á Kieff amenazada por los pechenegos. Como al propio tiempo David, el hijo del vaivoda Chichman, quiso usurpar el trono de Bulgaria, Nicéforo auxilió con sus tropas al jóven Boris II, heredero legítimo, y le sentó en el trono de su padre. Esta situacion sin embargo no duró un año, porque segun luego veremos, el soberano ruso, al año siguiente, muerto ya Nicéforo, volvió con un ejército formidable para conquistar las hermosas provincias que fertiliza el Danubio y que formaban